



Alfonsina Storni

**¡Adiós!**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Alfonsina Storni

## ¡Adiós!

Las cosas que mueren jamás resucitan,  
las cosas que mueren no tornan jamás,  
se quiebran los vasos y el vidrio que queda  
¡es polvo por siempre y por siempre será!

Cuando los capullos caen de la rama  
dos veces seguidas no florecerán...  
Las flores tronchadas por el viento impío  
¡se agotan por siempre, por siempre jamás!

Los días que fueron, los días perdidos,  
los días inertes ya no volverán.  
¡Qué tristes las horas que se desgranaron  
bajo el aletazo de la soledad!

¡Qué tristes las sombras, las sombras nefastas,  
las sombras creadas por nuestra maldad!  
¡Oh, las cosas idas, las cosas marchitas,  
las cosas celestes que así se nos van!

¡Corazón... silencio!... ¡Cúbrete de llagas!...  
—de llagas infectas—¡cúbrete de mal!  
¡Que todo el que llegue se muera al tocarte,  
corazón maldito que inquietas mi afán!

¡Adiós para siempre mis dulzuras todas!  
¡Adiós mi alegría llena de bondad!  
¡Oh, las cosas muertas, las cosas marchitas,  
las cosas celestes que no vuelven más! ...

¡Ven, dolor!

¡Golpéame, dolor! Tu ala de cuervo  
bate sobre mi frente y la azucena  
de mi alma estremece, que más buena  
me sentiré bajo tu golpe acerbo.

Derrámate en mi ser, ponte en mi verbo,  
dilúyete en el cauce de mi vena  
y arrástrame impasible a la condena  
de atarme a tu cadalso como un siervo.

No tengas compasión. ¡Clava tu dardo!  
De la sangre que brote yo haré un bardo  
que cantará a tu dardo una elegía.

Mi alma será el cantor y tu aletazo  
será el germen caído en el regazo  
de la tierra en que brota mi poesía.

Dos palabras

Esta noche al oído me has dicho dos palabras  
comunes. Dos palabras cansadas  
de ser dichas. Palabras  
que de viejas son nuevas.

Dos palabras tan dulces, que la luna que andaba  
filtrando entre las ramas

se detuvo en mi boca. Tan dulces dos palabras  
que una hormiga pasea por mi cuello y no intento  
moverme para echarla.

Tan dulces dos palabras  
que digo sin quererlo—¡oh, qué bella, la vida!—  
Tan dulces y tan mansas  
que aceites olorosos sobre el cuerpo derraman.

Tan dulces y tan bellas  
que nerviosos, mis dedos,  
se mueven hacia el cielo imitando tijeras.

Oh, mis dedos quisieran  
cortar estrellas.

Bajo tus miradas

Es bajo tus miradas donde nunca zozobro;  
es bajo tus miradas tranquilas donde cobro  
propiedades de agua; donde río, parlera,  
cubriéndome de flores como la enredadera.  
Es bajo tus miradas azules donde sobro  
para el duelo; despierto sueños nuevos y obro  
con tales esperanzas, que parece me hubiera  
un deseo exquisito dictado Primavera:  
tener el alma fresca, limpia; ser como el lino  
que es blanco y huele a hierbas. Poseer el divino  
secreto de la risa; que la boca bermeja  
persista hasta el silencio postrero, bella, fuerte,  
¡y libe en la corola suprema de la Muerte  
con su última abeja!

Triste convoy

¡Esta torpe tortura de vagar sin sosiego!  
Tierra seca sin riego,  
Ojos miopes del Ego,  
Viento en medio del fuego,  
Y la muerte: «¡voy luego!...»  
...Esta torpe tortura de vagar sin sosiego...  
Me cortaran la lengua, me sacaran los ojos,  
me podaran las manos, me pusieran abrojos  
bajo el pie: no sintiera tanta lúgubre pena,  
tanta dura cadena,  
tanto diente de hiena,  
tanta flor que envenena.  
Amo flor: fruto soy.  
Amo el agua: soy hielo.  
Tierra soy;  
amo el cielo.  
Ese triste convoy  
polvoriento yo soy.

## Presentimiento

Tengo el presentimiento que he de vivir muy poco.  
Esta cabeza mía se parece al crisol,  
purifica y consume,  
pero sin una queja, sin asomo de horror.  
Para acabarme quiero que una tarde sin nubes,  
bajo el límpido sol  
nazca de un gran jazmín una víbora blanca  
que dulce, dulcemente, me pique el corazón.

## Viaje

Hoy me mira la luna  
blanca y desmesurada.  
Es la misma de anoche,  
la misma de mañana.  
Pero es otra, que nunca  
fue tan grande y tan pálida.  
Tiemblo como las luces  
tiemblan sobre las aguas.  
Tiemblo como en los ojos  
suelen temblar las lágrimas.  
Tiemblo como en las carnes  
sabe temblar el alma.  
¡Oh! la luna ha movido  
sus dos labios de plata.  
¡Oh! la luna me ha dicho  
las tres viejas palabras:  
«Muerte, amor y misterio...»  
¡Oh! mis carnes se acaban!  
Sobre las carnes muertas  
alma mía se enarca.

#### Alma desnuda

Soy un alma desnuda en estos versos,  
alma desnuda que angustiada y sola  
va dejando sus pétalos dispersos.  
Alma que puede ser una amapola,  
que puede ser un lirio, una violeta,  
un peñasco, una selva y una ola.  
Alma que como el viento vaga inquieta  
y ruge cuando está sobre los mares  
y duerme dulcemente en una grieta.  
Alma que adora sobre sus altares  
dioses que no se bajan a cegarla;  
alma que no conoce valladares.  
Alma que fuera fácil dominarla  
con sólo un corazón que se partiera  
para en su sangre cálida regarla.

Alma que cuando está en la primavera  
dice al invierno que demora: vuelve,  
caiga tu nieve sobre la pradera.  
Alma que cuando nieva se disuelve  
en tristezas, clamando por las rosas  
con que la primavera nos envuelve.  
Alma que a ratos suelta mariposas  
a campo abierto, sin fijar distancia,  
y les dice: libad sobre las cosas.  
Alma que ha de morir de una fragancia,  
de un suspiro, de un verso en que se ruega,  
sin perder, a poderlo, su elegancia.  
Alma que nada sabe y todo niega  
y negando lo bueno el bien propicia  
porque es negando como más se entrega.  
Alma que suele haber como delicia  
palpar las almas, despreciar la huella,  
y sentir en la mano una caricia.  
Alma que siempre disconforme de ella,  
como los vientos vaga, corre y gira;  
alma que sangra y sin cesar delira  
por ser el buque en marcha de la estrella.

#### Frente al mar

Oh mar, enorme mar, corazón fiero  
de ritmo desigual, corazón malo,  
yo soy más blanda que ese pobre palo  
que se pudre en tus ondas prisionero.  
Oh mar, dame tu cólera tremenda,  
yo me pasé la vida perdonando,  
porque entendía, mar, yo me fui dando:  
«Piedad, piedad para el que más ofenda».  
Vulgaridad, vulgaridad me acosa.  
Ah, me han comprado la ciudad y el hombre.  
Hazme tener tu cólera sin nombre:  
ya me fatiga esta misión de rosa.  
¿Ves al vulgar? Ese vulgar me apena,  
me falta el aire y donde falta quedo.  
Quisiera no entender, pero no puedo:

es la vulgaridad que me envenena.  
Me empobrecí porque entender abruma,  
me empobrecí porque entender sofoca,  
¡benedicida la fuerza de la roca!  
Yo tengo el corazón como la espuma.  
Mar, yo soñaba ser como tú eres  
allá en las tardes que la vida mía  
bajo las horas cálidas se abría...  
Ah yo soñaba ser como tú eres.  
Mírame aquí, pequeña, miserable,  
todo dolor me vence, todo sueño;  
mar, dame, dame el inefable empeño  
de tornarme soberbia, inalcanzable.  
Dame tu sal, tu yodo, tu fiereza.  
¡Aire de mar!... ¡Oh tempestad! ¡Oh enojo  
Desdichada de mí, soy un abrojo  
y muero, mar, sucumbo en mi pobreza.  
Y el alma mía es como el mar, es eso,  
ah, la ciudad la pudre y la equivoca;  
pequeña vida que dolor provoca,  
¡que pueda libertarme de su peso!  
Vuele mi empeño, mi esperanza vuele...  
La vida mía debió ser horrible,  
debió ser una arteria incontenible  
y apenas es cicatriz que siempre duele.

Pudiera ser

Pudiera ser que todo lo que en verso he sentido  
no fuera más que aquello que nunca pudo ser,  
no fuera más que algo vedado y reprimido  
de familia en familia, de mujer en mujer.  
Dicen que en los solares de mi gente, medido  
estaba todo aquello que se debía hacer...  
Dicen que silenciosas las mujeres han sido  
de mi casa materna... Ah, bien pudiera ser...  
A veces en mi madre apuntaron antojos  
de liberarse, pero, se le subió a los ojos



una honda amargura, y en la sombra lloró.  
Y todo esto mordiente, vencido, mutilado,  
todo esto que se hallaba en su alma encerrado,  
pienso que sin quererlo lo he libertado yo.

## Domingos

En los domingos, cuando están las calles  
del centro quietas,  
alguna vez camino, y las oscuras,  
cerradas puertas  
de los negocios, son como sepulcros  
sobre veredas.  
Si yo golpeará en un domingo de esos  
las frías puertas,  
de agrisado metal, sonido hueco  
me respondiera...  
Se prolongara luego por las calles  
grises y rectas.  
¿Qué hacen en los estantes, acostadas,  
las negras piezas  
de géneros? Estantes, como nichos,  
guardan las muertas  
cosas, de los negocios adormidos  
bajo sus puertas.  
Una que otra persona por las calles  
solas, se encuentra:  
un hombre, una mujer, manchan el aire  
con su presencia,  
y sus pasos se sienten uno a uno  
en la vereda.  
Detrás de las paredes las personas  
¿mueren o sueñan?  
Camino por las calles: se levantan  
mudas barreras  
a mis costados: dos paredes largas  
y paralelas.

Vueltas y vueltas doy por esas calles;  
por donde quiera,  
me siguen las paredes silenciosas,  
y detrás de ellas  
en vano saber quiero si los hombres  
mueren o sueñan.

Letanías de la tierra muerta

A Gabriela Mistral

Llegará un día en que la raza humana  
se habrá secado como planta vana,  
y el viejo sol en el espacio sea  
carbón inútil de apagada tea.  
Llegará un día en que el enfriado mundo  
será un silencio lúgubre y profundo:  
una gran sombra rodeará la esfera  
donde no volverá la primavera;  
la tierra muerta, como un ojo ciego,  
seguirá andando siempre sin sosiego,  
pero en la sombra, a tientas, solitaria,  
sin un canto ni un ¡ay! ni una plegaria,  
sola, con sus criaturas preferidas  
en el seno cansadas y dormidas  
(madre que marcha aún con el veneno  
de los hijos ya muertos en el seno).  
Ni una ciudad de pie... Ruinas y escombros  
soportará sobre los muertos hombros.  
Desde allí arriba, negra, la montaña  
la mirará con expresión huraña.  
Acaso el mar no será más que un duro  
bloque de hielo, como todo, oscuro.  
Y así, angustiado en su dureza, a solas  
soñará con sus buques y sus olas  
y pasará los años en acecho  
de un solo barco que le surque el pecho.  
Y allá, donde la tierra se le aduna,  
ensoñará la playa con la luna,

y ya nada tendrá mis que el deseo,  
pues la luna será otro mausoleo.  
En vano querr  el bloque mover bocas  
para tragar los hombres, y las rocas  
oír sobre ellas el horrendo grito  
del náufrago clamando al infinito.  
Ya nada quedará; de polo a polo  
lo habrá barrido todo un viento solo:  
voluptuosas moradas de latinos  
y míseros refugios de beduinos;  
oscuras cuevas de los esquimales  
y finas y lujosas catedrales;  
y negros, y amarillos y cobrizos,  
y blancos, y malayos y mestizos  
se mirarán entonces bajo tierra  
pidiéndose perdón por tanta guerra.  
De las manos tomados, la redonda  
tierra circundar n en una ronda  
y gemir n en coro de lamentos:  
— Oh cuántos vanos, torpes sufrimientos!  
La tierra era un jardín lleno de rosas  
y lleno de ciudades primorosas;  
se recostaban sobre ríos unas,  
otras sobre los bosques y lagunas.  
Entre ellas se tendían finos rieles  
que eran a modo de esperanzas fieles,  
y florecía el campo, y todo era  
risueño y fresco como una pradera;  
y en vez de comprender, puñal en mano  
estábamos, hermano contra hermano;  
calumni banse entre ellas las mujeres  
y poblaban el mundo mercaderes;  
 bamos todos contra el que era bueno  
a cargarlo de lodo y de veneno...  
Y ahora, blancos huesos, la redonda  
tierra rodeamos en hermana ronda.  
Y de la humana, nuestra llamarada,  
 sobre la tierra en pie no queda nada!

\*

Pero qu n sabe si una estatua muda  
de pie no quede aún, sola y desnuda,  
y así surcando por las sombras, sea  
el último refugio de la idea.

El último refugio de la forma  
que quiso definir de Dios la norma  
y que, aplastada por su sutileza,  
sin entenderla, dio con la belleza.  
Y alguna dulce, cariñosa estrella,  
preguntará tal vez: —¿Quién es aquella?  
—¿Quién es esa mujer que así se atreve,  
sola, en el mundo muerto que se mueve?  
Y la amará por celestial instinto  
hasta que caiga al fin desde su plinto.  
Y acaso un día, por piedad sin nombre  
hacia esta pobre tierra y hacia el hombre,  
la luz de un sol que viaje pasajero  
vuelva a incendiarla en su fulgor primero  
y le insinúe: —Oh fatigada esfera,  
¡sueña un momento con la primavera!  
Absórbeme un instante: soy el Alma  
universal que muda y no se calma...  
¡Cómo se moverán bajo la tierra  
aquellos muertos que su seno encierra!  
¡Cómo pujando hacia la luz divina  
querrán volar al que los ilumina!  
Mas será en vano que los muertos ojos  
pretendan alcanzar los rayos rojos.  
¡En vano! ¡En vano!... ¡Demasiado espesas  
serán las capas, ay, sobre sus huesas!...  
Amontonados todos y vencidos,  
ya no podrán dejar los viejos nidos,  
y al llamado del astro pasajero  
ningún hombre podrá gritar: ¡Yo quiero!...

#### Versos a la tristeza de Buenos Aires

Tristes calles derechas, agrisadas e iguales,  
por donde asoma, a veces, un pedazo de cielo,  
sus fachadas oscuras y el asfalto del suelo  
me apagaron los tibios sueños primaverales.  
Cuánto vagué por ellas, distraída, empapada

en el vaho grisáceo, lento, que las decora.  
De su monotonía mi alma padece ahora.  
—¡Alfonsina!—No llores. Ya no respondo a nada.  
Si en una de tus casas, Buenos Aires, me muero  
viendo en días de otoño tu cielo prisionero  
no me será sorpresa la lápida pesada.  
Que entre tus calles rectas, untadas de su río  
apagado, brumoso, desolante y sombrío,  
cuando vagué por ellas, ya estaba yo enterrada.

## Dolor

Quisiera esta tarde divina de octubre  
pasear por la orilla lejana del mar;  
que la arena de oro, y las aguas verdes,  
y los cielos puros me vieran pasar.  
Ser alta, soberbia, perfecta, quisiera,  
como una romana, para concordar  
con las grandes olas, y las rocas muertas  
y las anchas playas que ciñen el mar.  
Con el paso lento, y los ojos fríos  
y la boca muda, dejarme llevar;  
ver cómo se rompen las olas azules  
contra los granitos y no parpadear;  
ver cómo las aves rapaces se comen  
los peces pequeños y no despertar;  
pensar que pudieran las frágiles barcas  
hundirse en las aguas y no suspirar;  
ver que se adelanta, la garganta al aire,  
el hombre más bello, no desear amar...  
Perder la mirada, distraídamente,  
perderla y que nunca la vuelva a encontrar;  
Y, figura erguida, entre cielo y playa,  
sentirme el olvido perenne del mar.

Yo en el fondo del mar

En el fondo del mar  
hay una casa  
de cristal.  
A una avenida  
de madreporas  
da.  
Un gran pez de oro,  
a las cinco,  
me viene a saludar.  
Me trae  
un rojo ramo  
de flores de coral.  
Duermo en una cama  
un poco más azul  
que el mar.  
Un pulpo  
me hace guiños  
a través del cristal.  
En el bosque verde  
que me circunda  
—din don... din dan—  
se balancean y cantan  
las sirenas  
de nácar verdemar.  
Y sobre mi cabeza  
arden, en el crepúsculo,  
las erizadas puntas del mar.

Una vez más el mar

Piel azul que recubres las espaldas del mundo,

y atas pies con cabeza de la endiablada esfera;  
huidiza y multiforme culebra mudadera,  
puñal alguno puede clavársete profundo.  
Esponja borradora tu fofa carne helada,  
la proa que te corta no logra escribir paso,  
ni a hierro marca el pozo, cuando horada tu vaso,  
el redondel de fuego de la estrella incendiada.  
A tu influjo terrible, mi más terrible vida  
llovió sobre tus brazos su lluvia estremecida;  
te lloró en pleno rostro sus lágrimas y quejas.  
Si te quemó las olas no abrió huella el torrente:  
fofa carne esmeralda, te alisaste la frente,  
destrenzaste al olvido tus azules guedejas.

#### Sugestión de un sauce

Debe existir una ciudad de musgo  
cuyo cielo de grises, al tramonto,  
cruzan ángeles verdes con las alas  
caídas de cristal deshilachado.  
Y unos fríos espejos en la yerba  
a cuyos bordes inclinadas lloran  
largas viudas de viento amarilloso  
que el vidrio desdibuja balanceadas.  
Y un punto en el espacio de colgantes  
yuyales de agua; y una niña muerta  
que va pensando sobre pies de trébol.  
Y una gruta que llueve dulcemente  
batracios vegetales que se estrellan,  
nacientes hojas, sobre el blando limo.

#### Un lápiz

Por diez centavos lo compré en la esquina  
y vendíomelo un ángel desgarrado;  
cuando a sacarle punta lo ponía  
lo vi como un cañón pequeño y fuerte.  
Saltó la mina que estallaba ideas  
y otra vez despuntólo el ángel triste.  
Salí con él y un rostro de alto bronce  
lo arrió de mi memoria. Distraída  
lo eché en el bolso entre pañuelos, cartas,  
resecas flores, tubos colorantes,  
billetes, papeletas y turrone.  
Iba hacia no sé dónde y con violencia  
me alzó cualquier vehículo, y golpeando  
iba mi bolso con su bomba adentro.

A una rosa

Grata flor que te destacas  
sobre el verde de las hojas,  
cual la sangre de una herida,  
roja... roja...  
Tú parodias esos labios  
purpurinos, que entreabiertos  
se dirían de caricias  
do sedientos  
han copiado de tus hojaas  
el color de su bandera  
los campeones avanzados  
de la idea.  
Y por eso yo te adoro,  
bella flor, que de las hojaas  
sobre el verde, te destacas  
roja... roja...



---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

